

Ciudad y seguridad: una espiral de dudas y sospechas

MICHEL MARCUS

Delegado general del Forum Europeo para la Seguridad Urbana

11

Nuestras sociedades se encuentran inmersas en la búsqueda de un sentido que sea común a su evolución; la interrogación sobre nuestros valores es cada vez más tormentosa. La extraordinaria mejora de nuestra situación económica ya no calma ni nuestras angustias ni nuestras dudas. El terrorismo, los accidentes industriales, las renacientes epidemias, todo ello manifiesta que hemos entrado en un período de grandes riesgos.

La seguridad se ha convertido en un monstruo proteiforme que satura los debates de nuestras democracias. Todos los debates políticos electorales en los países europeos se centran en la inseguridad y los extremismos políticos, alimentándose fácilmente de la cuestión y caricaturizándola. Las democracias temen el surgimiento de un suceso que ofrezca interpretaciones y acusaciones a cual más demagógica. Propositiones extremistas vienen a golpear de frente nuestros principios jurídicos mejor implantados.

Ya no nos encontramos sólo en el terreno de la violencia y la criminalidad, sino en un ambiente abarrotado de temores y angustias colectivas, que se produce en el contexto de las situaciones nacionales, el futuro de Europa y la globalización. Los accidentes industriales, las turbulencias migratorias, los problemas de sanidad, la corrupción de algunos dirigentes, los efectos negativos de la instauración de economías de mercado y el terrorismo son, entre otros, los componentes de una inseguridad que toma atajos peligrosos para expresarse, o que designa víctimas propiciatorias. El nómada, el extranjero, el gitano del Este, los ciudadanos de países poco conocidos representan la primera amenaza en esta fantasmagoría y, consiguientemente, se vive en Europa un aumento grave de agresiones de tipo racial. Además, la figura del joven también puede representar un peligro, como fuente de todos los males de una sociedad que envejece; su reivindicación y su turbulencia pueden vivirse como violencias y agresiones.

¿Es Europa actualmente un espacio de intolerancia? ¿La trilogía adoptada por

la Unión Europea, que se ve como espacio de libertad, seguridad y justicia, ha pasado ya a la historia? ¿Devorará la seguridad a la libertad y a la justicia?

Toda revelación de un fenómeno incita a poner a prueba constantemente nuestra capacidad de hacerle frente. El hecho de hablar de crimen organizado permite tomar conciencia de una realidad subestimada durante mucho tiempo, pero demuestra también nuestra incapacidad de combatirlo. El ambiente turbio en el que se nutre naturalmente este tipo de criminalidad aumenta la inquietud. Y no se ha tomado en consideración la legitimidad con la que algunas instituciones internacionales proponen enfoques razonables para resolver el problema.

Ahora resulta que a esta caja negra se le viene a añadir el terrorismo. De ahora en adelante queda el campo libre para los discursos más demagógicos y más contrarios al sentido común. ¿No se escribieron crónicas sensacionalistas afirmando que no se habían utilizado aviones comerciales en los atentados de Nueva York?

A menudo los responsables de instituciones pronuncian discursos que alimentan la espiral enojosa de dudas e inquietudes. Las pulsiones demagógicas y la tentación de atraer la atención de los proyectores televisivos llevan a dramatizar los hechos y a presentar interpretaciones sin que se verifiquen nunca sus premisas. A veces lamentamos que las investigaciones internacionales en el campo de la criminalidad no sean suficientemente sólidas, y aun más que los políticos no se tomen seriamente las existentes. La cuestión de la inmigración ilustra claramente estas actitudes exageradas. Raramente se establece la relación indispensable que existe entre las necesidades naturales de nuestras economías para beneficiarse del refuerzo que supone la inmigración, la necesidad de que se establezca la libre circulación de personas si queremos construir una Europa de ciudadanos y los problemas de criminalidad que estas políticas pueden, indirectamente, comportar. Cuando se consultan las estadísticas nacionales es sorprendente constatar la baja participación de los extranjeros. La lucha contra la economía criminal que tiende a apoyarse en los movimientos migratorios, organizando su clandestinidad y multiplicando la oferta sexual con la explotación de seres humanos desamparados, requiere una política determinada y necesaria de cooperación internacional, pero de ninguna manera la amalgama escandalosa entre el extranjero y el criminal. Los dirigentes de los países *exportadores* de mano de obra, a veces tienen la impresión de que se les utiliza de forma abusiva en los debates nacionales, sin que tengan la posibilidad de responder. La constante falta de precaución en las declaraciones públicas viene a añadirse al clima, a veces de histeria, que se está desarrollando en Europa.

1. DUDAS

Si todo se convierte en una fuente de inquietudes, ¿no será porque nuestras instituciones, nuestros responsables técnicos y políticos ya no tienen la capacidad de controlar los fenómenos, de detenerlos y reducirlos? ¿El régimen de seguridad que adoptamos en nuestra vida privada debería ampliarse a todos los campos, incluyendo los de la gestión colectiva?

Ya hace tiempo que los órdenes internos de los Estados se han encargado del problema de la violencia. Según Max Weber, los ciudadanos le dieron al Estado la función de garantizar la seguridad y, con este fin, le confiaron el monopolio de la violencia. Cada vez más, observamos que este modelo está siendo seriamente cuestionado.

Se duda de la capacidad que tiene la democracia de establecer la paz interna o externa. Además, las democracias crean guerras injustas. Se pone en tela de juicio la idea de que el comercio, la ciencia y la cultura señalan infaliblemente nuestro camino en la democracia. Tiembla la creencia de que la violencia fue civilizada o domesticada, bajo los efectos de la evolución de las costumbres, de las instituciones y de la economía.

Algunos países salen con dificultad del período comunista y esta dificultad se traduce en la baja capacidad del Estado para encargarse de la función de la seguridad y, consiguientemente, del monopolio de la violencia. La proliferación de bandas organizadas y mafias que se distribuyen el control del territorio y garantizan la seguridad, en beneficio de sus propias actividades, es una muestra de la debilidad del Estado. La corrupción de los dirigentes políticos viene a añadirse al descrédito de la función estatal. En la mayoría de países en desarrollo, la ayuda internacional está relacionada con la implantación de modelos de justicia criminal inspirados por los países del norte. Uno de los programas del Banco Mundial consiste en garantizar la seguridad de los asuntos comerciales mediante reglas mínimas de derecho y jurisdicciones *ad hoc*. Cuando observamos que los autóctonos las utilizan poco y la desconfianza con la que acogen estas jurisdicciones y políticas, nos podemos preguntar si son pertinentes para responder a las necesidades de la población. Ésta sigue haciendo uso de medios más tradicionales para resolver litigios, como las ejecuciones sumarias de delincuentes.

Nos preguntamos sobre la naturaleza de esta ayuda internacional que homogeneiza a los países y su cultura, y nos sorprende ver la diversidad de expertos europeos de Occidente que, perteneciendo a sistemas jurídicos con grandes dificultades para concertarse, encuentran consensos para asesorar a los demás. Estos países se encuentran con sistemas de justicia que funcionan alrededor del encarcelamiento, como los sistemas occidentales más clásicos y con los resultados negativos que ya conocemos.

Recordemos el consejo del filósofo beninés Hountondji:¹ *«Dado el carácter plural de toda sociedad y la capacidad notable de las culturas humanas de promover y/o integrar nuevos valores, en general, ¿cuáles son los factores de aceleración o freno de estas evoluciones? ¿Qué métodos pueden, además, optimizar sus evoluciones, sin perjudicar la identidad de cada cultura, de tal forma que los nuevos valores se interioricen en lugar de que se vivan como normas de origen foráneo?».*

«Nuestra capacidad de prevenir los conflictos e instaurar la paz está directamente relacionada con los valores que defendemos», declaró el secretario general

1. Paulin Hountondji, artículo redactado para la Unesco: «Le remue-méninges ou comment produire la conscience du droit», 2000.

del Consejo de Europa en la conferencia regional de la UE en Helsingborg.² Y agregó: *«para aumentar la estabilidad y prevenir conflictos no debemos tener suficiente con ayudar a implantar instituciones democráticas, sino más bien instar a que todas las capas de la sociedad hagan suyos nuestros valores»*.

La tela de fondo de la democracia sería esta cultura de la paz, promovida por la Unesco, esta cultura que germina en nuestras diversidades, en el respeto de la dignidad del ser humano y, sobre todo, en la voluntad de afrontar nuestra violencia con lucidez y equidad.

Después del Holocausto el mundo cambió radicalmente. Ya no podemos sorprendernos frente a la violencia y el horror como si los acabásemos de descubrir. En este debate democrático sobre la violencia, la historia debe utilizarse para obtener una visión que nos ayude a secularizar nuestra violencia, a datarla y a dilucidar nuestro grado de aceptación de la misma.

2. UN DEBER DE MEMORIA

Las naciones europeas creen que viven su violencia, sus miedos y sus angustias en el marco de las fronteras, los ciudadanos creen que viven en un vecindario reducido, pero olvidan la globalización de los miedos, de las violencias y la globalización de las reacciones. Aquello que creen vivir en un espacio limitado es sólo la onda de choque de los miedos y violencias provenientes de otros lugares. Las ondas de choque se cruzan y se superponen dificultando cualquier esfuerzo de localización y de fijación de la causa. La tendencia a encogerse debajo de su miedo aísla a las personas, de esta manera el miedo al terrorismo no une pero «golpea a los demás y lo que yo busco es evitar que me golpee», se dice a sí mismo.

Las naciones y las personas se enfrentan a la violencia sin memoria, sin recordar la violencia que vivieron, sin observar su propia violencia.

2. 28 de agosto de 2002.